

LA INVESTIGACIÓN SOCIAL DESDE LA DECOLONIALIDAD: FUNDAMENTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS Y APLICACIÓN AL ESTUDIO DEMOGRÁFICO DE NARIÑO (1951-2018)

Francisco Javier Villamarín¹

Resumen

El presente artículo reflexiona sobre los fundamentos teóricos y metodológicos del pensamiento decolonial y sus aportes a la renovación crítica de las ciencias sociales latinoamericanas. A partir de los planteamientos de autores como Aníbal Quijano, Walter Dignolo, Hugo Zemelman, Immanuel Wallerstein, Catherine Walsh y Enrique Dussel, se examina cómo la colonialidad del poder continúa estructurando las formas de producción del conocimiento y las relaciones entre saber y dominación. El texto propone comprender la investigación social no como una práctica neutral, sino como un proceso histórico, situado y comprometido con la transformación de la realidad.

Desde esta perspectiva, se plantea la posibilidad de aplicar la epistemología decolonial al estudio empírico de la dinámica demográfica del departamento de Nariño (1951-2018). A través de esta articulación entre teoría crítica y análisis poblacional, se propone una lectura de la demografía como campo de disputa epistemológica, donde las cifras y los indicadores reflejan procesos más amplios de desigualdad, exclusión y otredad. En lugar de concebir los fenómenos poblacionales como hechos aislados o meramente técnicos, se los interpreta como expresiones de la historicidad, de la cultura y de la estructura social del territorio.

El artículo concluye que la decolonialidad constituye una vía fecunda para repensar la relación entre conocimiento y vida social, integrando teoría, metodología y praxis. Al situar la investigación en el territorio y en la experiencia de los sujetos, la ciencia social deja de ser un ejercicio de observación distante para convertirse en una práctica ética y emancipadora. En este sentido, la demografía, cuando se lee desde la decolonialidad, se transforma en una herramienta crítica

1. Docente Asistente. Departamento de Sociología. Universidad de Nariño.

para comprender los procesos históricos de los pueblos y para imaginar alternativas de un futuro más justo y plural.

Palabras clave: pensamiento decolonial, Epistemología crítica, Sistema Mundo Moderno, Dinámica demográfica

Abstract

This article reflects on the theoretical and methodological foundations of decolonial thought and its contributions to the critical renewal of Latin American social sciences. Based on the approaches of authors such as Aníbal Quijano, Walter Dignolo, Hugo Zemelman, Immanuel Wallerstein, Catherine Walsh and Enrique Dussel, it examines how the coloniality of power continues to structure the forms of knowledge production and the relations between knowledge and domination. The text proposes to understand social research not as a neutral practice, but as a historical process, situated and committed to the transformation of reality.

From this perspective, the possibility of applying decolonial epistemology to the empirical study of the demographic dynamics of the department of Nariño (1951-2018) is raised. Through this articulation between critical theory and population analysis, a reading of demography as a field of epistemological dispute is proposed, where figures and indicators reflect broader processes of inequality, exclusion and resistance. Instead of conceiving demographic phenomena as isolated or merely technical facts, they are interpreted as expressions of the historicity, culture and social structure of the territory.

The article concludes that decoloniality constitutes a fertile way to rethink the relationship between knowledge and social life, integrating theory, methodology and praxis. By situating research in the territory and in the experience of the subjects, social science ceases to be an exercise in distant observation to become an ethical and emancipatory practice. In this sense, demography, when read from the perspective of decoloniality, becomes a critical tool for understanding the historical processes of peoples and for imagining fairer and more plural alternatives for the future.

Keywords: Decolonial thought, Critical epistemology, Modern World System, Demographic dynamics

Introducción

El pensamiento decolonial ha emergido en las últimas décadas como uno de los proyectos intelectuales más consistentes en la búsqueda de una ciencia social crítica, indisciplinada y situada en América Latina. Su surgimiento responde a una

larga historia de tensiones entre el conocimiento producido desde los centros del poder mundial y las experiencias históricas de los pueblos colonizados. Las ciencias sociales, en su pretensión de universalidad, adoptaron durante mucho tiempo las categorías, métodos y racionalidades del pensamiento occidental, relegando a la periferia las epistemologías locales y las voces subalternas, especialmente las de indígenas y afrodescendientes. La decolonialidad surge, precisamente, como una respuesta a esa hegemonía cognitiva y como una exhortación a repensar la relación entre conocimiento, poder y vida.

Este marco teórico-conceptual y metodológico no busca reemplazar la ciencia moderna, sino desbordarla críticamente. Parte de reconocer que la modernidad, lejos de ser un proceso homogéneo y emancipador, estuvo acompañada por una colonialidad persistente que estructuró jerarquías raciales, culturales y epistémicas. En este sentido, la decolonialidad se plantea como un proyecto ético y político que reivindica la pluralidad del saber, la historicidad de los sujetos y la posibilidad de pensar desde los territorios relegados históricamente. Su propósito no es negar el conocimiento científico, sino liberarlo de su sesgo eurocéntrico y reconstruirlo desde la experiencia latinoamericana.

En este horizonte, las ciencias sociales contemporáneas enfrentan una doble tarea: reconocer sus raíces coloniales y reconfigurar sus fundamentos epistemológicos y metodológicos. Autores como Aníbal Quijano (2000), Walter Dignolo (2002), Hugo Zemelman (1994, 2010 y 2011), Catherine Walsh (2002) y Enrique Dussel (1998), entre otros, han mostrado que el conocimiento no es una representación neutra de la realidad, sino una práctica social e histórica que produce efectos de verdad, legitimidad y poder. Asumir esta perspectiva implica transformar la manera en que se investiga, se interpreta, se escribe y se concibe el mundo social.

Este artículo se inscribe en ese debate y busca explorar los fundamentos teóricos y metodológicos del pensamiento decolonial, examinando sus implicaciones para la investigación en ciencias sociales. La reflexión se orienta, además, en mostrar la aplicabilidad de este enfoque en un estudio empírico concreto: la dinámica demográfica del departamento de Nariño entre 1951 y 2018. La elección de este caso no es casual. Nariño constituye un territorio periférico colombiano, con una historia marcada por la desigualdad regional, la migración, la violencia derivada de un conflicto armado arraigado en este territorio y la dependencia económica, pero también por una rica diversidad cultural atada a una fuerte identidad social.

Aplicar la mirada decolonial al análisis demográfico permite trascender los marcos explicativos tradicionales, centrados en las cifras y los modelos estadísticos, para comprender los procesos poblacionales como expresiones

históricas de la vida social. Desde esta óptica, las transformaciones en la natalidad, la mortalidad o la migración no son solo fenómenos cuantificables, sino también manifestaciones de la colonialidad del poder en la estructura social y del modo en que las comunidades responden, toleran y reinventan sus formas de existencia.

El artículo se organiza en cinco apartados articulados entre sí. En el primero, se plantea el problema epistemológico que da origen al pensamiento decolonial, entendido como una respuesta crítica a la hegemonía del conocimiento moderno-occidental y a las formas de subordinación epistémica que ha producido en América Latina. El segundo apartado, a su vez, examina el estado actual de las ciencias sociales y las tensiones entre los modelos eurocéntricos de producción del saber y las perspectivas emergentes que buscan construir una ciencia social plural y comprometida con la realidad latinoamericana y su transformación.

El tercer apartado desarrolla los principales aportes teóricos y metodológicos del pensamiento decolonial, mostrando cómo las nociones de totalidad, historicidad y sujeto permiten repensar la investigación social como práctica ética y política. En el cuarto, se aplica este marco teórico al estudio de la dinámica demográfica del departamento de Nariño entre 1951 y 2018, interpretando los procesos de natalidad, mortalidad y migración como expresiones históricas y culturales más que como simples datos estadísticos. Finalmente, el quinto apartado presenta las conclusiones, en las que se destacan las implicaciones epistemológicas y metodológicas de la decolonialidad para la construcción de una sociología crítica, contextual y orientada a la liberación del conocimiento.

1. Estado de las ciencias sociales y posibilidades de transformación

Desde su institucionalización en el siglo XIX, las ciencias sociales han estado atravesadas por una tensión incesante: el deseo de alcanzar el estatus de las ciencias naturales, mediante la formulación de leyes generales y métodos cuantitativos, y la necesidad de reconocer la especificidad histórica, simbólica y cultural de los fenómenos humanos (Echavarría, 1989; Mardones, 1991). Esta tensión, que atraviesa tanto al positivismo como a sus corrientes críticas, ha dado lugar a una configuración epistemológica centrada en la idea de universalidad. No obstante, este paradigma, como advierte Aníbal Quijano (2000), no es neutral, sino que forma parte del entramado de la colonialidad del poder; es decir, del patrón mundial de dominación que impuso una jerarquía racial, epistémica y cultural desde la expansión europea del siglo XVI.

Durante gran parte del siglo XX, los paradigmas dominantes en las ciencias sociales reprodujeron ese imaginario eurocéntrico que separaba al “observador” racional de los sujetos “observados”, ubicando a Europa y Norteamérica como

centros productores de teoría, mientras América Latina, África y Asia eran concebidas como laboratorios empíricos de investigación, donde habitaba el pensamiento irracional y la acción tradicional, en sentido weberiano (2004). La sociología latinoamericana, a pesar de sus esfuerzos por desarrollar categorías propias, heredó de esa estructura mundial del conocimiento una posición subalterna (Mignolo, 2000; Lander, 2000). Esta dependencia teórica se tradujo en una subordinación metodológica, consolidando un tipo de ciencia “traductora” más que productora de conocimiento.

Esta asimetría ha sido denunciada por diversos autores latinoamericanos desde mediados del siglo XX. José Carlos Mariátegui (2007), por ejemplo, planteó la necesidad de construir un pensamiento social “indoamericano”, capaz de comprender las realidades de la región desde su propia historia. Décadas después, Hugo Zemelman (1994 y 2011) retomó esta tarea al proponer una epistemología fundada en la historicidad y la conciencia del sujeto-siendo orientada a pensar lo posible y no solo lo dado. En la misma línea, Silvia Rivera Cusicanqui (2010) alertó sobre los peligros de una “ciencia neocolonial” que, bajo discursos progresistas, continúa reproduciendo jerarquías en el conocimiento producido, disciplinando los saberes indígenas, afrodescendientes y populares.

La irrupción del pensamiento decolonial a finales del siglo XX constituyó, por tanto, no solo una crítica al eurocentrismo, sino también una propuesta de reconstrucción epistémica y metodológica que reconozca la particularidad de aquellas sociedades con una rica herencia histórica y cultural ancestral indígena y africana. Desde la perspectiva de Walter Mignolo (2000), el proyecto moderno no puede comprenderse sin su contracara colonial, dado que la expansión de la racionalidad occidental implicó simultáneamente la exclusión y desvalorización de otras formas de conocimiento.

De ahí su llamado a la desobediencia epistémica, entendida como un acto de afirmación de los saberes subalternos y de reapropiación de la historia del conocimiento desde los márgenes. En el mismo sentido, Catherine Walsh (2005) plantea que el desafío no consiste únicamente en “descolonizar” la teoría existente, sino en convertirla en un espacio pluriepistémico y plurimetodológico, donde las formas de saber ancestrales, comunitarias y experienciales convivan con los enfoques científicos contemporáneos en condiciones de diálogo horizontal y democrático.

Desde esta óptica, las ciencias sociales se encuentran hoy ante un punto de inflexión. Por un lado, continúan insertas en estructuras académicas, editoriales y de financiamiento que privilegian la productividad, la medición y la estandarización

del conocimiento, reproduciendo la lógica de la modernidad neoliberal (Souza Santos, 2009).

Por otro lado, emergen movimientos intelectuales y sociales que demandan una reorientación ética y política del saber, basada en la justicia cognitiva, la participación de los sujetos investigados y el reconocimiento de la diversidad de miradas y lecturas de la realidad en sus diferentes niveles de análisis (De La Garza, 2017). Este giro se expresa en el auge de las epistemologías del sur, el feminismo comunitario, la investigación-acción participativa y los estudios interculturales, que convergen en el propósito de descentrar la ciencia para situarla en el territorio, la memoria y la experiencia colectiva.

El pensamiento decolonial, en este sentido, propone un nuevo pacto epistemológico. En lugar de concebir el conocimiento como una representación objetiva de la realidad, lo entiende como una práctica contextualizada, relacional y orientada por la emancipación. Ello exige revisar críticamente las nociones de método, objetividad y evidencia, desplazando la mirada desde los marcos normativos del Norte global hacia las lógicas históricas del Sur.

Immanuel Wallerstein (1996 y 2005) fue uno de los primeros teóricos en plantear la necesidad de “abrir las ciencias sociales” para comprender los fenómenos dentro de un sistema-mundo históricamente interdependiente, superando la fragmentación disciplinaria que impuso la modernidad en la periferia. De manera complementaria, Zemelman (2010) propuso un método que parte del sujeto histórico y de su capacidad de “pensar lo real en movimiento”, haciendo del conocimiento una herramienta para la acción transformadora.

El resultado de este debate es una comprensión renovada de las ciencias sociales como campo de lucha, donde se enfrentan la inercia institucional de la colonialidad y la potencia transformadora de los saberes insurgentes. La decolonialidad, más que una escuela teórica, constituye una praxis: se trata de una forma de hacer ciencia desde el reconocimiento de la diferencia, la memoria y el autorreconocimiento.

El problema de la otredad constituye otro fundamento para comprender cómo la racionalidad moderna europea construyó al “otro diferente” como objeto de conocimiento y dominación. En este sentido, Todorov (1982) muestra cómo, desde la empresa colonial, el saber se articuló con el poder para definir jerarquías entre culturas y establecer una mirada eurocéntrica del mundo. En esa operación discursiva, el saber científico moderno se erigió como verdad universal y, al hacerlo, deslegitimó las formas de conocer y de interpretar el mundo en la periferia, al considerarlas irracionales.

Quijano (2014) y Walsh (2013) han problematizado esta herencia, y han señalado que la colonialidad del saber persiste en las estructuras del conocimiento científico contemporáneo. Ambos proponen una reapropiación crítica de la modernidad, que no se reduce a su negación, sino a relativizar sus imperativos epistémicos y a releer sus discursos hegemónicos desde la otredad y la pluralidad de los pueblos que han existido en los márgenes de la historia. De este modo, pensar desde la periferia en la contemporaneidad implica democratizar la ciencia y abrir paso a otras formas de malicia indígena, para reterritorializar lo desterritorializado por el avance de la globalización (Sole, 1999; Durán, 2001).

2. Aportes teóricos y consecuencias metodológicas del pensamiento decolonial

2.1 Aportes teóricos

Como ya se anotó, el pensamiento decolonial constituye uno de los esfuerzos más significativos del pensamiento latinoamericano para comprender la relación entre conocimiento, poder y subjetividad más allá de los marcos epistémicos heredados de la modernidad occidental. Su propósito no solo se ciñe a la crítica, sino también a la creación, pues busca reconfigurar otras formas de saber, de mirar el mundo y de producir conocimiento desde las experiencias históricas y culturales particulares de lo que se conoce como sur Global (De Souza Santos, 2009).

Quijano formuló (2000) una de las categorías más influyentes de este giro epistémico: la colonialidad del poder. Con ella describió el modo en que la expansión europea impuso una clasificación jerárquica de la humanidad, que se tradujo no solo en dominación económica y política, sino también en subordinación epistémica. Dicha mentalidad impositiva, más que un vestigio del pasado colonial persiste en las formas actuales de conocimiento y en la organización global del saber. Para Quijano (2000), descolonizar implica romper con esa matriz de poder y abrir paso a una racionalidad histórica plural, donde los pueblos puedan pensarse desde su propia experiencia y no desde las categorías imputadas por la modernidad.

En este mismo horizonte, Mignolo (2002) propuso la idea de desobediencia epistémica, entendida como el acto de descentrar la mirada y liberarse del monopolio cognitivo del Norte. También advierte que el conocimiento occidental no solo construyó verdades científicas, sino también una geografía del saber que determinó quién podía hablar, investigar o teorizar. Desobedecer epistemológicamente significa, entonces, recuperar la voz silenciada de los

pueblos colonizados, reconocer sus sistemas de sentido y situar la producción de conocimiento en su propio territorio simbólico.

Wallerstein (1996 y 2005), desde otra tradición crítica, contribuyó al pensamiento decolonial al cuestionar la división disciplinaria del conocimiento y al plantear el concepto de sistema-mundo moderno. Para él, la ciencia tal y como la conocemos nació articulada con la expansión capitalista, lo que produjo una fragmentación entre economía, política, cultura y sociedad, reflejada en la diversidad de las humanidades y en su institucionalización en academias y centros universitarios.

Hizo un significativo aporte al pensamiento decolonial al evidenciar cómo el desarrollo científico impulsado desde el centro generó una división artificial entre economía, política, cultura y sociedad. Su concepto de sistema-mundo moderno permite comprender estas esferas como totalidades históricas interdependientes. Esta visión crítica contribuye a entender la estructura del poder y la desigualdad global, situando las experiencias locales en un entramado mundial donde convergen dominación, desigualdad y la necesidad de transformación.

Hugo Zemelman (2010 y 2011), por su parte, profundizó el vínculo entre epistemología y praxis, al sostener que el conocimiento social no debe limitarse a describir lo existente, sino que debe pensar lo posible. Desde su noción de “totalidad en movimiento”, concibe la realidad social como un campo de tensiones, en el que el sujeto histórico actúa, interpreta y transforma. Su pensamiento coincide con la decolonialidad en que el conocimiento no puede ser neutral, ya que siempre responde a una posición frente a la historia. De ahí que la tarea del investigador no sea solo analizar estructuras, sino acompañar procesos de formación de conciencia crítica y emancipación.

Otros pensadores, como Enrique Dussel (1998), Santiago Castro-Gómez (2005) y Catherine Walsh (2012), ampliaron estas reflexiones hacia una ética del conocimiento y una política de la diferencia. Dussel (1998) insistió en la exterioridad como lugar de enunciación desde donde los pueblos oprimidos pueden construir alternativas civilizatorias. Castro-Gómez introdujo la idea de la hbris del punto cero, la ilusión de neutralidad que la ciencia moderna impone al situarse como mirada sin cuerpo, sin historia y sin geografía. Walsh (2002), en cambio, ha insistido en que la decolonialidad no se reduce a una postura teórica, sino que se expresa en las prácticas pedagógicas, en los modos de aprender y de enseñar, y en los vínculos comunitarios que producen conocimiento desde la vida cotidiana.

En conjunto, estos autores confluyen en un principio fundamental: todo conocimiento es una práctica histórica de poder y de resistencia. Descolonizar la ciencia implica, por tanto, transformar las condiciones mismas de producción del saber, abrir el horizonte de lo posible y devolver a los sujetos históricos su capacidad de interpretar y construir su propio mundo.

2.2 Implicaciones metodológicas

Los aportes teóricos del pensamiento decolonial conducen a una revisión metodológica profunda en las ciencias sociales. Si el conocimiento no es neutro ni universal, tampoco pueden serlo los métodos de investigación. Indagar desde una perspectiva decolonial implica adaptar sus procedimientos para alcanzar objetivos y responder preguntas considerando el contexto histórico, cultural y político específico donde se plantea el problema.

La primera consecuencia metodológica de esta premisa es el carácter situado del conocimiento. El investigador no se coloca frente a una realidad externa, sino que forma parte de ella. Su mirada está mediada por su biografía, su lengua, su pertenencia social y su compromiso político. El conocimiento emerge en su diálogo con los actores sociales y no a espaldas de ellos. Con esto se articula el método positivista con la interacción reflexiva, en la que los sujetos investigados son también productores de sentido y de crítica reflexiva frente a los discursos científicos dominantes.

En segundo lugar, la decolonialidad propone abandonar la lógica lineal y causal de la explicación científica moderna, para dar paso a una comprensión relacional y procesual de los fenómenos sociales. Bajo esta perspectiva, el análisis ya no busca aislar variables, sino comprender cómo las distintas dimensiones sociales, económicas, simbólicas, culturales y territoriales, se articulan dentro de una totalidad dinámica. Así, la realidad no es un objeto fijo que se observa, sino un proceso histórico que se interpreta desde múltiples lecturas.

Una tercera implicación metodológica radica en la articulación entre teoría y praxis. La investigación, lejos de ser una actividad meramente intelectual, se concibe desde la decolonialidad como una práctica transformadora. Esto implica reconocer la investigación social como un acto político capaz de fortalecer las capacidades colectivas, visibilizar desigualdades y abrir en la conciencia el horizonte de la liberación. Así, el conocimiento trasciende su carácter de fin en sí mismo para convertirse en una herramienta orientadora de la acción (Andrade-Guevara, 2021; Valiente, 2021).

Un cuarto aspecto es el reconocimiento de la memoria, el territorio y la experiencia como fuentes de conocimiento. Las metodologías decoloniales no descartan el rigor, pero lo redefinen: la validación del saber se mide no solo por su coherencia lógica o su sistematicidad técnica, sino por su relevancia para los sujetos que lo producen y lo viven. De ahí que los relatos orales, los testimonios, las prácticas culturales y los saberes ancestrales sean formas legítimas de acceder a la comprensión de lo social para transformarlo.

Finalmente, el enfoque decolonial propone una ética de la investigación que busca superar la lógica extractivista del conocimiento (Meza Guzmán et al., 2021). El investigador no debe “extraer datos” de los sujetos sociales, sino construirlos con ellos mediante un proceso de reflexión compartida. Esto implica relaciones horizontales, diálogo intercultural y responsabilidad en el uso de la información producida. La ética, en este sentido, no es un complemento del método, sino su fundamento.

3. Aplicación del enfoque decolonial al estudio de la dinámica demográfica en Nariño (1951–2005)

La reflexión decolonial no se agota en el plano teórico. Su sentido más profundo se logra cuando se orienta la mirada hacia los procesos concretos que configuran la vida social de los pueblos. En este sentido, el estudio de la dinámica demográfica del departamento de Nariño entre 1951 y 2005 ofrece un terreno fecundo para aplicar los principios de una epistemología decolonial a un campo tradicionalmente dominado por la racionalidad empírica analítica que, siguiendo a Habermas (2023), tiene como interés dominar y controlar el conocimiento desde la lógica científica del mundo occidental.

La mayoría de los enfoques demográficos se han sustentado en modelos de explicación lineal y en la búsqueda de regularidades empíricas, tasas de natalidad, mortalidad o migración, que permiten comparar poblaciones bajo los mismos parámetros. Esta forma de conocimiento, heredera del positivismo y de la razón instrumental, ha tendido a invisibilizar los contextos culturales, históricos y políticos donde esos procesos ocurren.

La decolonialidad propone justamente lo contrario: re-situar los fenómenos demográficos en su trama histórica y cultural, devolviéndoles su densidad social y simbólica (Vargas Soler, 2009). Esto invita a ampliar el concepto de colonialidad del poder hacia la heterogeneidad del poder, como alternativa conceptual y metodológica para estudiar la estructura y las diferencias poblacionales en un espacio-tiempo marcado por el binomio moderno-colonial del sistema-mundo

capitalista contemporáneo, y su devenir particular en las poblaciones alejadas de los centros de poder, pero subyugadas por ellos.

El caso de Nariño resulta paradigmático en este sentido. Entre 1951 y 2005, la región experimentó transformaciones demográficas asociadas a procesos estructurales, transición de la economía agrícola al sector servicios, urbanización, migración interna y transfronteriza, pero también a dinámicas culturales y de poder que expresan su condición periférica dentro del sistema-mundo moderno (Chávez, et al, 1959; Martínez y Sabogal, 2000 y Zuñiga, 2002). Comprender esos cambios requiere un enfoque que integre las dimensiones estructurales y subjetivas de su proceso poblacional.

3.1. Totalidad, historicidad y conflicto

Desde la mirada de Aníbal Quijano (2000) y Hugo Zemelman (2010 y 2011), la realidad social debe pensarse como totalidad conflictiva. En Nariño, la dinámica demográfica no debe reducirse únicamente a variaciones estadísticas, sino que debe entenderse como un cambio que, como ya se acotó, constituye la expresión histórica de una sociedad tensionada por desigualdades regionales, exclusión económica, violencia sin tregua y marginación política. Cada variación en los censos de población, el crecimiento urbano de Pasto, el estancamiento rural, la migración hacia Ecuador o Bogotá, forma parte de un mismo tejido histórico que refleja la persistencia de la colonialidad en el desarrollo regional.

La aplicación del enfoque de totalidad implica leer la población no como agregado numérico, sino como un campo de relaciones sociales. Las tasas de fecundidad, por ejemplo, no son meros indicadores del comportamiento biológico, sino expresiones de la estructura familiar, de las políticas públicas, de las creencias religiosas y del lugar de las mujeres en la sociedad. La mortalidad, por su parte, refleja desigualdades estructurales de acceso a la salud, a la nutrición y a la protección social. Y la migración, interna, rural-urbana o transfronteriza, constituye una respuesta colectiva frente a la precariedad económica y la falta de oportunidades, pero también un gesto de resistencia ante un modelo de desarrollo excluyente.

El análisis de la población de Nariño desde esta perspectiva permite comprender cómo la colonialidad del poder se reproduce en las jerarquías territoriales: el centro nacional define políticas, mientras la periferia obedece o improvisa. Esta subordinación territorial se traduce en una forma de dependencia demográfica, donde las decisiones sobre el uso del suelo, los servicios públicos o la inversión en educación se toman desde el centro del país.

3.2. El tiempo histórico y la experiencia del sujeto

El pensamiento decolonial, apoyado en las nociones de Wallerstein sobre el sistema-mundo, invita a considerar el tiempo histórico como una dimensión central del análisis social. Nariño, ubicado en el suroccidente colombiano, ha estado vinculado históricamente a circuitos económicos, religiosos y migratorios que desbordan las fronteras del Estado-nación. Desde los flujos de trabajadores hacia los grandes centros urbanos del país, hasta la influencia de las redes eclesiales en la configuración de la vida familiar, la historia demográfica del departamento, que constituye aún un campo de estudios inexplorado, con seguridad estará entretejida con procesos regionales, nacionales y, en el nuevo milenio, con el avance de la globalización.

Sin embargo, este tiempo histórico no es homogéneo, como lo manifiesta Vargas-Soler (2009). Coexisten en el territorio múltiples ritmos y temporalidades: el tiempo de las comunidades rurales, el de los migrantes transfronterizos, el de los jóvenes urbanos y el de las mujeres que sostienen economías informales. Cada uno de estos tiempos encarna una forma distinta de relación con la modernidad, revelando la diversidad y la simultaneidad de experiencias dentro de un mismo espacio geográfico. Pensar la población de Nariño desde esta multiplicidad temporal implica, por tanto, reconocer la coexistencia de distintos mundos sociales dentro de una misma historia.

Asimismo, el enfoque decolonial coloca al sujeto histórico en el centro del análisis. El sujeto no es un objeto de observación, sino un productor de sentido. Las decisiones demográficas, como formar una familia, migrar, educar a los hijos o permanecer en el campo, no son respuestas automáticas a estímulos económicos, sino actos cargados de significado, atravesados por valores, afectos y memorias colectivas. La investigación decolonial reconoce, entonces, la dimensión simbólica y emocional que se esconde detrás de los estudios de población en regiones periféricas, como Nariño.

3.3. Metodología y construcción de conocimiento situado

Aplicar una mirada decolonial al estudio de la población requiere reconfigurar el modo mismo de producir datos y conocimiento. Las cifras oficiales, aunque indispensables, deben dialogar con las narrativas, los testimonios y los saberes locales. Los censos, registros continuos y encuestas por muestreo adquieren sentido solo cuando se integran con las voces de las comunidades, y, en especial, con sus percepciones sobre el bienestar, el trabajo, la familia y la migración.

Esto implica un desplazamiento metodológico que supone el tránsito del análisis técnico hacia la interpretación en el contexto. Los indicadores demográficos

no se leen en abstracto, sino en el contexto de las relaciones sociales que los generan. Por ejemplo, la disminución de la fecundidad en las décadas recientes no puede explicarse únicamente por la expansión educativa, sino también por transformaciones culturales en los roles de género, por la influencia de movimientos religiosos y por las estrategias de sobrevivencia familiar ante la precariedad laboral.

Es decir, el investigador, en este enfoque, asume una posición reflexiva: no observa desde fuera, sino desde el seno del proceso social. Investigar desde Nariño, y no sobre Nariño, significa construir conocimiento social convocando para ello a quienes siempre han sido observados, pero nunca escuchados, con el ánimo de construir de manera colectiva el dato y su inserción en la historia de esta región. Así, la población deja de ser un objeto de estudio para convertirse en sujeto productor de conocimiento y gestor de las líneas para su comprensión situada.

3.4. La demografía como campo de disputa epistemológica

Desde la perspectiva decolonial, la demografía no es una ciencia neutra, sino un espacio donde se enfrentan distintos modos de entender la vida. En su versión dominante, la demografía se inscribe en el proyecto moderno de control y gestión de las poblaciones; sus instrumentos, tasas, proyecciones y censos han servido históricamente para administrar el cuerpo social y garantizar la gobernabilidad (Weeks, 1981). Sin embargo, desde una mirada crítica, la demografía puede ser también una herramienta de emancipación: un lenguaje que, al ser reconfigurado, permite visibilizar las desigualdades y reivindicar la dignidad de los sujetos que han sido eclipsados.

Releer los procesos demográficos de Nariño desde esta clave implica politizar las cifras, reconociendo lo que ellas callan; es decir, la emigración desatada por la violencia, la feminización del trabajo informal, las brechas étnicas y territoriales. Las cifras son huellas de una historia social más amplia que no se pueden reducir a un hecho externo y coercitivo aislado.

Así, el estudio de la dinámica demográfica entre 1951 y 2018 no se limita a describir tendencias, sino que busca comprender los significados y contradicciones que esas transformaciones encierran. En ello reside el valor del pensamiento decolonial: devolver humanidad y contexto a los datos, reintegrar lo cuantitativo en lo histórico, y lo histórico en lo ético.

A manera de ejemplo ilustrativo, se presenta a continuación una tabla comparativa que recoge algunos indicadores demográficos del departamento de Nariño entre 1951 y 2018. Esta aproximación busca mostrar cómo una lectura decolonial de la estadística permite resignificar los datos oficiales desde su

contexto histórico y social. Este ejemplo empírico permite comprender que el dato, lejos de ser neutro, condensa relaciones históricas de poder y de sentido, reafirmando la necesidad de una ciencia social situada.

Tabla 1. *Comportamiento de las Tasas Brutas de Natalidad, Mortalidad, Crecimiento Natural y su interpretación desde la decolonialidad*

Año	Tasa Bruta de Natalidad (por mil)	Tasa Bruta de Mortalidad (por mil)	Crecimiento Natural (%)	Observaciones interpretativas desde una lectura decolonial
1951	46,8	20,3	2,66	Alta natalidad y mortalidad reflejan un modelo de reproducción tradicional; las estadísticas nacionales describen “atraso”, pero omiten la lógica comunitaria de vida y familia.
1973	38,5	13,4	2,51	Transición demográfica en curso. Políticas de planificación familiar impulsadas por organismos internacionales; el discurso del desarrollo reproduce jerarquías centro-periferia.
1993	28,2	8,7	1,95	Caída de la fecundidad asociada a modernización urbana y expansión educativa. Sin embargo, la medición ignora la persistencia de economías domésticas no salariales y de saberes locales.
2005	24,6	6,7	1,79	La población se “moderniza” según indicadores técnicos, pero los patrones de vida rural e indígena siguen produciendo formas de convivencia no registradas por el censo.
2018	19,8	5,9	1,39	La lectura convencional enfatiza el envejecimiento poblacional; una perspectiva decolonial propone entenderlo como resultado de políticas estructurales que desplazan a la población joven y concentran la precariedad.

Fuente: Elaboración propia con base en datos del DANE (Censos de Población y Vivienda 1951-2018 y estadísticas vitales).

Conclusiones

El pensamiento decolonial ofrece a las ciencias sociales latinoamericanas una oportunidad histórica para repensar su lugar en la producción de conocimiento y su relación con los sujetos y territorios que estudian. No se trata simplemente de añadir nuevas categorías o modas teóricas, sino de transformar las condiciones mismas en las que el saber se produce, se legitima y se transmite. La decolonialidad abre un horizonte en el que el conocimiento deja de ser un instrumento de dominación y control, para convertirse en una práctica de emancipación, de diálogo y de reconocimiento mutuo entre las diversas formas de comprender el mundo.

En el caso de estudio de la dinámica demográfica de Nariño, la aplicación de este enfoque permite trascender las lecturas meramente técnicas o estadísticas que suelen caracterizar a la demografía tradicional. La población, entendida desde una mirada decolonial, no es un conjunto de cifras, sino una trama viva de relaciones históricas, simbólicas y materiales. Los cambios en la fecundidad, la mortalidad o la migración son procesos que expresan las tensiones entre modernidad y tradición, centro y periferia, desarrollo y exclusión. La investigación, en consecuencia, no puede limitarse a medir los efectos de esas transformaciones, sino que debe interpretarlas como parte de una historia de desigualdades estructurales, marcadas por el aislamiento geográfico, la violencia y la ruralidad.

El análisis demográfico de Nariño demuestra que las condiciones de vida, los movimientos poblacionales y las transformaciones familiares no pueden entenderse sin considerar la persistencia de la colonialidad del poder. Las jerarquías territoriales, la dependencia económica y la subordinación epistémica siguen definiendo los modos en que las regiones periféricas se insertan en el sistema nacional e internacional. Sin embargo, esta mirada antisistémica también permite identificar en esas mismas condiciones los espacios de creación, de resistencia y de reconfiguración del sentido colectivo. La población deja de ser un objeto pasivo de políticas públicas y se convierte en sujeto activo de su propia historia.

Desde el punto de vista metodológico, la experiencia demuestra que el diálogo entre teoría crítica y práctica no solo es posible, sino necesario. El pensamiento decolonial invita al investigador a involucrarse con el territorio, a construir conocimiento en colaboración con los actores sociales, a escuchar sus narrativas, sus silencios y sus memorias. Ello implica romper con la distancia académica que históricamente ha separado al observador del observado, para asumir una relación de reciprocidad y co-producción del saber. La investigación se vuelve entonces un acto ético, orientado no al dominio, sino a la comprensión y a la transformación social.

En un plano más amplio, el artículo reafirma que la descolonización del conocimiento no puede desvincularse de la descolonización de la universidad, de la ciencia y de las políticas públicas. Mientras las instituciones académicas continúen reproduciendo las lógicas de competencia, jerarquía y homogeneización del pensamiento, la decolonialidad seguirá siendo una asignatura pendiente en el cosmos heurístico y en el camino hacia una democracia real. Por eso, el desafío no es solo epistemológico, sino político: construir una universidad capaz de pensar con sus pueblos, una ciencia al servicio de la vida y no del mercado, y una sociología que dialogue con la memoria y con la esperanza.

En conclusión, la decolonialidad no propone el abandono del conocimiento científico, sino su reapropiación crítica. Su aporte fundamental radica en recordarnos que toda teoría, toda metodología y todo dato cobran sentido únicamente cuando se ponen al servicio de la dignidad humana. Aplicada al estudio de los procesos demográficos, esta perspectiva nos enseña que detrás de cada número hay una historia, detrás de cada tendencia hay una experiencia y detrás de cada categoría hay una relación de poder que puede ser transformada. Pensar desde la decolonialidad es, por tanto, pensar desde la vida, desde los territorios y desde los sujetos que resisten cotidianamente la herencia de la modernidad colonial.

Referencias

- Andrade-Guevara, V. (2021). *La Teoría Crítica y el pensamiento decolonial: hacia un proyecto emancipatorio post-occidental*, https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-19182020000100131
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Cháves, M., Colorado, I., Zuleta, E., Duica, C. Concha, J. y Martínez, J. (1959). *Estudio socio-económico de Nariño*. Ministerio del Trabajo.
- De La Garza, E (2017). *Metodología configuracioncita para la investigación social*, https://mydes.izt.uam.mx/wp-content/uploads/2025/05/LaMetodologiaConfiguracionista_Final.pdf
- De Sousa Santos, B. de. (2009). *Una epistemología del sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI Editores.

- Dussel, E. (1998). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Madrid: Trotta.
- Echeverría, J. (1989). *Introducción a la metodología de la ciencia. La filosofía de la ciencia en el siglo XX*. Barcelona: Barcanova.
- Entrena, F. (2001). *Modernidad y cambio social*. Madrid: Editorial Trotta
- Habermas J. (2023). *Conocimiento en interés*. Madrid: Editorial Taurus.
- Lander, E. (2000). Ciencias sociales, saberes coloniales y eurocéntricos. En Lander, E. (Comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso, <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/sur-sur/20100708034410/lander.pdf>
- Mardones, J.M. (1991). *La filosofía de las ciencias humanas y sociales*. Barcelona: Editorial del Hombre Anthropos.
- Mariátegui, J.C. (2007). *Siete ensayos de interpretación sobre la realidad peruana*, https://centroderecursos.cultura.pe/sites/default/files/rb/pdf/mariategui_7_ensayos.pdf
- Martínez, J. y Sabogal, J. (2000). *Nariño: realidad y mundos posibles*. Pasto: Uned. Universidad de Nariño.
- Meza Guzmán, E. D., Delgado, D., Shuñaqui Sangama, M. I., Vásquez-Fernández, A., Castro Mayo, A. M. y Reserva Comunal ECA Amarakaeri (2021) *Guía de investigación de-colonial. Trabajando con pueblos indígenas u originarios en territorios ancestrales*. Lima: Derecho, Ambiente y Recursos Naturales.
- Mignolo, W. (2002). Colonialidad global, capitalismo y hegemonía epistémica. En: *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder: perspectivas desde lo andino*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder y clasificación social. En: *Journal of World-System Research*, 11 (2) (summer/fall). pp. 1-35.
- Quijano, A. (2002), El regreso del futuro y las cuestiones de conocimiento. En: *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder: perspectivas desde lo andino*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar. pp. 45-71.
- Rivera, S. (2010). *Violencias (re) encubiertas en Bolivia*. La Paz: Editorial La Piedra Rota.
- Solé, C. (1998). *Modernidad y modernización*. México: Editorial Anthropos.
- Todorov, T. (1982). *La conquista de América: El problema del otro*. México: Siglo XXI Editores.

- Valiente, Silvia. (2021). *Praxis investigativa descolonizadora. Hacia otras maneras de razonar y emocionar*, http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2145-94442020000100081
- Vargas Soler, J. C. (2009). La perspectiva decolonial y sus posibles contribuciones a la construcción de Otra economía. *Revista Otra Economía*, <https://www.ceapedi.com.ar/Imagenes/Biblioteca/libreria/61.pdf>
- Wallerstein, I. (1998). *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. México: Siglo XXI Editores.
- Wallerstein, Immanuel (Cord.) (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI Editores.
- Wallerstein, I. (2005). *Análisis de los sistemas mundo: una introducción*. México: Siglo XXI Editores.
- Walsh, C. (2002). Las geopolíticas del conocimiento y la colonialidad del poder. Entrevista a Walter Dignolo. En: *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder: perspectivas desde lo andino*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar. pp. 17-44.
- Weber, M. (2004). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weeks, J. (1981). *Sociología de la población. Introducción a los conceptos y cuestiones básicas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Zemelman, H. (1994). Racionalidad y ciencias sociales. En: *Círculos de reflexión latinoamericana en ciencias sociales: cuestiones de teoría y método*. Anthopos.
- Zemelman, H. (2010). Implicaciones epistémicas del pensar histórico desde la perspectiva del sujeto. En *Revista Desacatos*, 37, diciembre de 2010. pp. 33-48
- Zemelman, H. (2011). Historia y racionalidad en el conocimiento social. En: *Configuraciones críticas. Pensar epistémico sobre la realidad*. CREFAL y Editorial Siglo XXI.
- Zuñiga, E. (2002). *Nariño, cultura e ideología*. Pasto: Universidad de Nariño, Gobernación de Nariño, Alcaldía Municipal de Pasto y Fumil.